

# El fin de la era Reagan: la hegemonía americana en entredicho

RAFAEL L. BARDAJI

Director del Grupo de Estudios Estratégicos

**A**L suceder el mes pasado en la Casa Blanca a Ronald Reagan, el nuevo presidente de los EE.UU., George Bush, daba inicio a un nuevo ciclo político nacional pero que por mor del papel hegemónico de los Estados Unidos en el mundo occidental, tiene inmensas repercusiones para todas las naciones. La victoria electoral de George Bush ha generado, no obstante, pocas expectativas de cambio para la política de su país. Para muchos observadores políticos europeos, la transición del viejo presidente al recién electo no se trata más que de la asunción por el delfín y vicepresidente de Ronald Reagan de los poderes de éste. Al fin y al cabo, Bush es también un republicano, ha compartido la responsabilidad del poder junto a Reagan y, por encima de todo, ha defendido y creído en los principios inspiradores de la política de éste.

En realidad nadie duda de que George Bush simbolice el legado de la era Reagan: una nación fuerte y próspera. Fuerte militarmente para poder mostrar la firmeza necesaria de una manera creíble allí donde se hiciese necesario, frente a una URSS crecientemente expansionista desde mediados de los 70, en unos conflictos aparentemente regionales que amenazaban la estabilidad del mundo occidental, y en apoyo de los regímenes amigos de Washington. Próspera, ya que ninguna nación puede mantenerse fuerte si no respalda su poder militar con unas capacidades industriales y financieras que, precisamente, le permitan esa fuerza militar deseada.

Su política declaratoria durante la campaña electoral y, especialmente, sus afirmaciones anteriores como vicepresidente, testimonian una continuidad de los compromisos exteriores de los EE.UU. Quizá se establezcan matices más de can-

tividad que de cualidad en algunos de los proyectos reaganianos (como la SDI, por ejemplo), pero se reafirman los vínculos de seguridad tradicionales para Norteamérica desde la postguerra: la Alianza Atlántica, Israel, Japón, la lucha contra la subversión y el terrorismo, la firmeza y negociación con la URSS.

Sin embargo, al presidente recién electo le falta algo que Reagan supo otorgar a la nación americana: credibilidad. El expresidente Reagan aprovechó y canalizó en su favor la ola de descontento americano que se desató en el post-Vietnam y con el aireado Watergate y que culminó en la considerada pusilanimidad del presidente Carter. Pero Reagan también simbolizó y amplificó esos deseos de orgullo, preponderancia y reamericanización del mundo por una Nueva América. Los gastos de defensa, el tono de fuerza, a veces belicoso, los compromisos activos a lo largo del globo, una política interna moralizante, una política fiscal nada gravosa para el ciudadano, apoyo y protección de sectores industriales y un gran impulso a la innovación y renovación económica en general, fueron a la vez expresión y medios de plasmación de esa Nueva América nacionalista.

George Bush es heredero de dicha tradición, pero la antorcha política que recoge está ya cargada de demasiado lastre para poder correr libremente (déficit comercial creciente y déficit federal de difícil reducción) y, además, tiene lugar en un momento de cambio internacional en el que la hegemonía americana se pone más que nunca en entredicho.

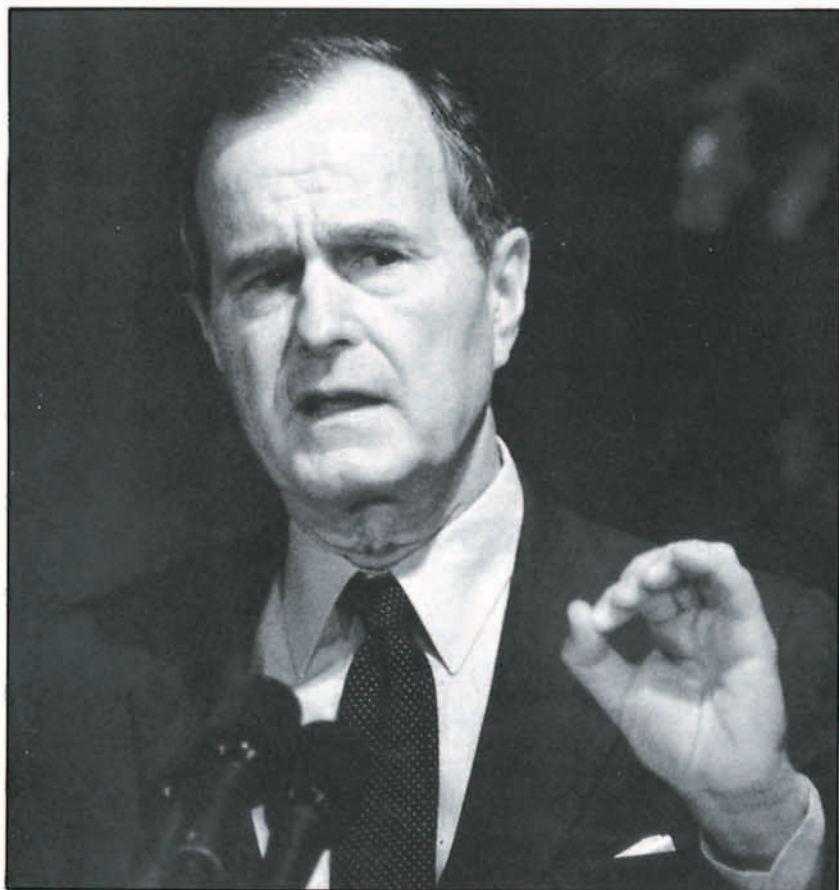
## La crisis del orden internacional

Efectivamente, en la escena internacional, analistas y teóricos coinciden en afirmar que la estructura

bipolar surgida de la Segunda Guerra Mundial y en la que los líderes indiscutibles eran los EE.UU. y la URSS, se resquebraja paulatinamente y un orden mundial multipolar está finalmente reemplazándola. Esta ruptura del orden bipolar se deriva de una creciente difusión del poder: para unos, los EE.UU. y la URSS acumulan más debilidades que potencia, para otros, es un pujante grupo de naciones el que pone en entredicho el poderío de los grandes. En cualquier caso, ambos puntos de vista están de acuerdo en lo esencial, que para las dos grandes potencias se inicia la senda del declive. Que esta senda sea una larga marcha o un breve paseo está sujeto a discusión y, desde luego, afecta de manera desigual a cada uno de los grandes.

Es cierto que para otros pensadores, tanto los Estados Unidos como la URSS siguen gozando de una ventaja insuperable por el resto de los actores internacionales. Sin embargo, no es menos cierto que los puntales sobre los que han basculado las posiciones indiscutidas de las superpotencias del 45 a hoy ya no son tan sólidos como en las décadas anteriores y nada apunta a que puedan ser reforzados. Todo lo contrario.

Al menos eso parece más evidente en el caso de la URSS, una superpotencia que lo ha sido gracias a su supremacía militar en muchos terrenos y a la gran cantidad de recursos y esfuerzos que destinaba a su defensa. En el terreno económico siempre ha sido un fracaso y hoy los líderes del Kremlin se ven obligados a procesos de reformas apresuradas con tal de volver eficiente un aparato de producción burocratizado y decadente. En cuanto foco de irradiación ideológica y líder de la revolución mundial, la URSS ha dado repetidas muestras de su incapacidad para generar



*George Bush, nuevo presidente norteamericano.*

actualmente es la conciencia que se tiene de que este esfuerzo militar de los EE.UU. no se puede sostener indefinidamente, sobre todo si se contempla el sombrío panorama económico del país en relación al de sus aliados. En ambos lados del Atlántico se siente, aunque de distinta forma, una necesidad de ajustar los medios a los fines.

Sea como fuere, se esté de acuerdo con un declive absoluto de las superpotencias o no, lo cierto es que, cuando menos, si se da un fenómeno de disminución relativa: hay otros países que absorben más y más poderío en la escena mundial.

Es indudable, por ejemplo, que tanto Europa, aún carente de una unidad política, como Japón, se han convertido en dos colosos del mundo del comercio. Ni nadie cuestiona que la bolsa de Tokio es tan importante como la de New York o Londres, si no más. Es más, con el nuevo ímpetu que la Comunidad Europea ha imprimido al proceso de integración (particularmente utilizando 1992 como un objetivo movilizador para los 12 y aquéllos que esperan ingresar en la CE algún día), los europeos podrán hacer valer con más fuerza sus puntos de vista sobre el sistema económico mundial. Y lo que es más importante, tendrán mayores y mejores medios para actuar conjunta y coherentemente. Sólo la falta de una homogeneidad similar respecto a la defensa puede empañar el creciente rol internacional de estas dos entidades. Por razones distintas, tanto Europa como Japón se han autolimitado en sus esfuerzos militares y su seguridad ha sido siempre garantizada, en última instancia, por los EE.UU.

Finalmente, China emerge en el horizonte del 2000 como una nueva gran potencia a pesar de la falta de reconocimiento que hoy padece. No sólo se están experimentando reformas económicas mucho más radicales que las apuntadas por Gorbachov en Moscú, sino que China posee un vasto potencial humano y de recursos naturales aún por explotar. Es más, la limitación continental con la que se han encontrado los distintos dirigentes de Pekín desde 1949, se ha intentado superar política y diplomáticamente en los últimos años y hoy, China, sin jugar a ser una potencia mundial, sí ha adquirido cierta relevancia en

atractivo en ningún pueblo si no lo hace mediante la fuerza. Por último, la misma posición de fuerza, militar, se va a ver socavada si se prosigue por la senda del desarme y no se producen cambios sustanciales en las doctrinas y estructuras de fuerzas soviéticas: las previsibles reducciones de fuerzas convencionales en Centroeuropa pueden proyectar una imagen de falta de superioridad de la que siempre han gozado; recortes de los arsenales nucleares pueden dificultar la supremacía estratégica si las potencias nucleares independientes (Francia, el Reino Unido y China) no se ven envueltas a su vez en el proceso de reducción y prosiguen modernizando sus misiles. O si se continúa con la tendencia a la proliferación nuclear a lo largo del globo.

La crisis del liderazgo norteamericano tal vez no sea tan aguda ni espectacular pero casi todos los indicadores usados por economistas, políticos y estrategas también evidencian una continua erosión de su posición internacional.

No cabe duda de que el declive del imperio americano es desigual, pero también es patente que los EE.UU., en su día inspiradores y gigantes indiscutibles del sistema comercial y financiero mundial, han dejado de ser los primeros en el terreno económico: su porcentaje sobre el comercio mundial no deja de disminuir, su déficit comercial con Europa no hace sino aumentar; la deuda externa no para de acumularse frente a terceros; los avances de la I + D y la revolución tecnológica proceden cada día más del Pacífico (Japón en particular) y no de Norteamérica. Por contra, el poderío militar permanece sustancialmente inalterado. El esfuerzo realizado bajo las dos Administraciones Reagan ha servido para compensar muchas de las deficiencias dejadas por Carter así como para abrir nuevos programas. Sin embargo, todo lo que se ha dicho para la URSS sobre los riesgos del desarme unido a una proliferación imparable son, grosso modo, los mismos.

En cualquier caso, lo relevante

algunas zonas del mundo. Por otra parte, no se pueden olvidar los grandes avances militares que dicha nación ha realizado en armamento estratégico y, muy especialmente, en tecnología espacial y de lanzamiento de cohetes, un dominio globalizador y del mañana. Medio que pueden alimentar deseos de una cuota mundial de poder más extensa que hasta ahora.

### ¿Más allá de la hegemonía americana?

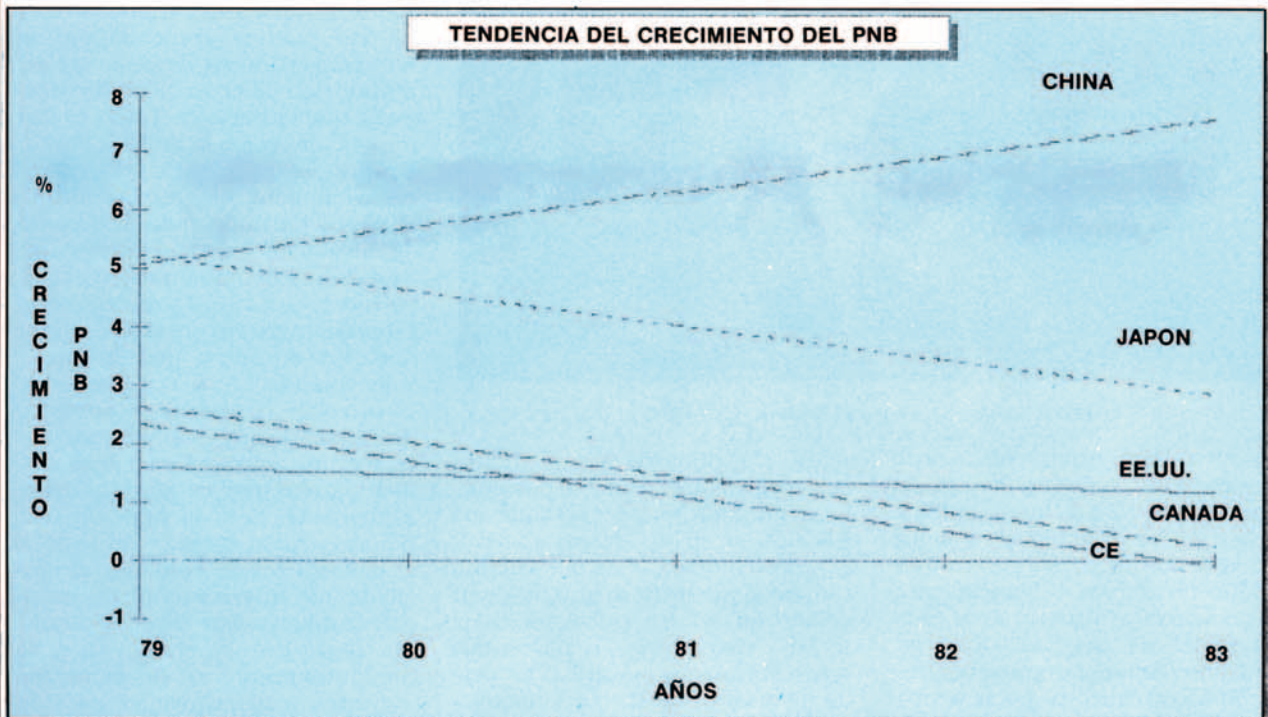
Para bien o para mal, correcta o equivocadamente, la emergente re-

Según el Profesor Kennedy, la fortaleza relativa de una nación líder nunca permanece constante a lo largo de la Historia, principalmente porque se dan distintas tasas de crecimiento entre diversas sociedades, lo que hace que descubrimientos, distintos métodos organizativos o mayores recursos favorezcan temporalmente a unos y marginen a otros en la escena mundial. Igualmente, para Kennedy, la potencia económica es el elemento clave del poderío de una nación: se necesita riqueza para poder mantener unos ejércitos con los que defender e incrementar dicha riqueza. Por lo tanto, una disminu-

única vía para la supervivencia es un necesario ajuste entre deseos y realidad, entre recursos y política.

Tal vez las conclusiones de Kennedy sean exageradas, o prematuras, pero los EE.UU. cada vez presionan más a sus aliados para que también ellos carguen con su parte de responsabilidad en los asuntos de la defensa (véase la reflexión sobre "El reparto de la carga" en esta revista, número 576 de diciembre de 1988). Analistas y académicos como David P. Calleo hablan de una devolución a Europa de sus responsabilidades.

El problema es que, a diferencia del estudio histórico de Paul Ken-



ordenación intercontinental ha forjado una conciencia marcadamente pesimista sobre el futuro del papel hegemónico de los EE.UU. Autores conservadores o miembros de la Administración han reconocido públicamente la necesidad de discriminar los compromisos defensivos americanos en el mundo (informe *Discriminate Deterrence* publicado en enero de 1988), pero quizá el exponente máximo de aquéllos que piensan en un declive inexorable del imperio norteamericano sea el reciente libro escrito por el historiador Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers* (Ascenso y Caída de las Grandes Potencias).

ción de las capacidades económicas reales de un país acabará afectando a todas las otras dimensiones del poderío del mismo, incluido el militar.

Este impacto negativo de la economía estaría detrás del declinar americano. El retroceso relativo experimentado por los EE.UU., según Kennedy y autores afines a su diagnóstico, está causado directamente por un gasto excesivo en el terreno de la defensa que a su vez se origina por un exceso de compromisos por parte de los EE.UU., en suma, por intentar mantenerse como una potencia hegemónica sin tener más los medios para ello. La

nedy, en el que una nueva gran potencia reemplaza a una en decadencia, no parece que en estos momentos haya alguna posibilidad de suceder a los EE.UU. Ni siquiera está claro que los aliados estén dispuestos a compartir de otra manera las tareas del mantenimiento del orden y la paz a una escala más amplia que la regional. Hasta el momento sólo hay acuerdo sobre la necesidad de una identidad común. Si las tesis de Kennedy y los pesimistas del declive americano se muestran correctas, los europeos se encuentran ante un grueso dilema: renacer de las cenizas o hundirse en ellas para siempre. ■